

Antonio Enríquez Gómez, *Política Angélica*, ed. de Felice Gambin, Huelva, Universidad de Huelva, 2019, 294 pp.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.11.2020.XXXI-XXXIII>

“La perfecta materia de estado del hombre es llegarse a conocer a sí mismo, procurando anteponer a la pasión de sus escritos la justa censura de los doctos”: así cierra su dedicatoria “Al lector” Antonio Enríquez Gómez, el polifacético y prolífico autor de obras tan originales, heterodoxas y fascinantes como *El siglo pitagórico* y *Vida de don Gregorio Guadaña* (1644), *La torre de Babilonia* (1649) o *Política Angélica* (Ruan, 1647), a la que pertenece la cita inicial. Y resulta emblemático el hecho de que el converso Enríquez Gómez (y por eso mismo condenado a la cárcel por la Santa Inquisición en Sevilla desde el 1661, año en el que se le desenmascara detrás de su falsa identidad —Fernando de Zárate, nombre que Enríquez Gómez utiliza para publicar y representar comedias de éxito en la época— hasta el 1663, año de su muerte, tras recusación y aceptación de la extremaunción) cierre esa dedicatoria con la cita más famosa de Sócrates: “Conócete a ti mismo”. Sin embargo, de lo que se trata es precisamente de escudriñar en qué consiste (qué mecanismos sustentan) el “estado del hombre”, entendiendo por “estado” no solo su dimensión anímica (su “foro interior”), sino también el contexto político (su “foro exterior”) en el que el ser humano tendrá que moverse antes de pasar a la vida ultraterrena. También hay que hacer hincapié en el hecho de que Enríquez Gómez recomienda anteponer a la pasión de lo que uno escribe (y, por ende, publica) lo que uno puede aprender de los doctos: el lector que llegue a la última página de *Política Angélica* (y el lector de la *opera omnia* de este converso fascinante por inaprensible) descubrirá que la cita explica, en parte, el *modus operandi* de la escritura de Enríquez Gómez: una mezcla explosiva entre las pasiones más íntimas y urgentes del que toma la pluma para llegar al lector de su época y el magisterio (la “censura”) de los doctos, esto es, de las *auctoritates* sobre las que el escritor va enhebrando y sustentando su discurso crítico apasionado (por tratarse de cuestiones que él mismo considera fundamentales).

Casi cuatro siglos después de su primera aparición, Felice Gambin —Profesor Catedrático de la Universidad de Verona— nos permite leer en edición anotada y comentada una enésima tesela de ese mosaico en expansión que es la escritura “apasionada” de este converso que Marcelino Menéndez

Pelayo tildó de “contagiado hasta los tuétanos de los vicios de la época y de otros propios y peculiares suyos” (Antonio Enríquez Gómez, *Política Angélica*, p. 13). Si en la *Inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos* (editada por primera vez en 1992 por parte de Constance Hubbard Rose y Maxime Kerkhof) Enríquez Gómez llega a realizar la que uno de los personajes protagonistas define como la “Inquisición de la Inquisición” (id., p. 35), en la *Política Angélica*, en cambio, el autor conque se va más allá y, apoyándose en las Sagradas Escrituras, en Sócrates, pero también en Marco Aurelio, en San Agustín, en Santo Tomás y en un largo etcétera, intenta explicarnos en qué consiste la política angélica y qué papel ocupa el hombre en relación con Dios en el momento en el que tiene que aceptar (o, al revés, criticar y emendar) las decisiones de los que tienen cargos políticos (imposible afrontar la lectura del texto sin tener en cuenta la *Política de Dios* de Quevedo, además del género del “diálogo”: como nos recuerda Gambin en su “Introducción”, Enríquez Gómez tuvo que tener muy presentes también los *Diálogos de amor* de León Hebreo).

Dividida en cinco diálogos, la obra articula un discurso complejo y fascinante precisamente por el doble motivo que empuja a Enríquez Gómez a tomar partido: por un lado, el de llevar al lector a reflexionar sobre los males que sufre en su propia piel en cuanto ciudadano y súbdito del poder político; por el otro, el de criticar de forma explícita ciertas injusticias que pervierten el papel, las leyes y los instrumentos de quienes están llamados a gobernar (se repiten, igual que en el *Siglo pitagórico*, las críticas abiertas y feroces a los malsines, los informadores que espían al prójimo para su denuncia ante las autoridades eclesiásticas, además de a los jueces que se dejan corromper por dinero o prebendas). He aquí que el converso Enríquez Gómez batalla en el mismo bando de la Santa Inquisición (o de los representantes de la religión del Estado) con sus mismos (o parecidos) argumentos: si el príncipe pretende gobernar de forma adecuada, tendrá que ser sabio y la sabiduría es como un concierto en el que todos los instrumentos tocan de forma armónica, tal y como explica Alciato en el emblema X que Enríquez Gómez describe y cita en el texto; si la monarquía funciona, es porque los que tienen que aplicar la ley lo hacen siguiendo el amor y la misericordia, encarnaciones del mensaje de Cristo en los Evangelios; por la misma razón, otra de las virtudes capitales del príncipe será la prudencia, que, junto con la sabiduría y la justicia, garantizarán el que aquel orden que Enríquez Gómez imagina en el plano trascendental del mundo del más allá pueda verse reflejado también en este mundo terrenal.

Dentro del enmarañado texto, Gambin consigue poner orden y esclarecer las múltiples referencias a la Biblia y a los autores clásicos, además de a los contemporáneos, que Enríquez Gómez maneja para hilar su discurso articulado y, a veces, oscuro, siendo “la contaminación y el sincretismo” los dos elementos que “alimentan el desafiante tejido no siempre fácil de descifrar de la *Política angélica*” (id., p. 50). El texto, acompañado por una puntual y esclarecedora introducción (id., pp. 13-83) que pone de relieve el carácter hobbesiano de la obra (siendo esta interpretable como un verdadero *Leviatán* del siglo XVII y como “Historia del futuro perfecto”, precisamente por su proyección hacia un futuro que se deseaba y se veía todavía como “perfectible” y “mejorable”), está acompañado por un “Aparato crítico” (id., pp. 233-240) en el que se cotejan los manuscritos provenientes de Portugal, Francia, Israel y España, además de unas “Notas complementarias” (id., pp. 241-275), en las que el lector curioso podrá ampliar la información acerca de los muchos nudos y de las muchas temáticas afrontadas por Enríquez Gómez a través de los dos personajes dialogantes: Filonio, representante de la Filosofía, junto con Teogio, encarnación de la Teología. Ambos se darán así la mano para acompañarnos en un viaje en el que la realidad exterior (y política) de la España del Siglo de Oro se entrecruzarán constantemente con la reflexión teórica sobre el buen gobierno, los secretos del alma humana, el influjo de Dios en el destino del hombre y los avatares detrás de los cuales se esconde el mal. Se trata, claro está, de un desiderátum y de una utopía: la de que vuelva “un paraíso terrestre recuperado” (id., p. 58) en el que, más allá de las ideologías, más allá de las religiones profesadas, más allá de las culturas de las que cada uno proviene, se pueda vivir según la verdad de la Escritura (tal y como se pone de relieve el “Diálogo Cuarto”: “No ha de pagar el hijo por el padre, como dice Ezequiel, si el primero debe morir por su delito, el segundo debe ser ensalzado por su virtud. Sembrar entre el pueblo odio contra inocentes es delito escandaloso. No nos engañe la materia de estado, vengamos en conocimiento del divino” – id., p. 196). Ni el desiderátum ni la utopía han perdido su vigencia, si los relacionamos con el mundo contemporáneo. Este es otro de los mensajes que Gambin nos transmite implícitamente estudiando y promoviendo la obra del converso Antonio Enríquez Gómez, alguien que supo “construir un laberinto de identidades y de máscaras, disfrazando su existencia” (id., p. 14).

ANTONIO CANDELORO
Universidad Católica San Antonio de Murcia
acandeloro@ucam.edu